pasar. — Cuál de pintarla pindáricamente el grado de felicidad que alcanza, para distraerla de sus dolores y ahogar sus gemidos con nuestra *música celestial.* — El uno, de adormecerla con el suave narcótico de sus fragmentos poéticos, que si no tienen principio, tampoco se les ve el fin. — El otro, la de hacerla el *bú* con sus peripecias dramáticas, sus monstruos coronados, sus amantes sombríos y sus hidráulicas víctimas.

La crítica, que en tiempos fatales, ominosos, ignorantes y nimios, andaba armada con toda una espetera de crisoles, compases, anteojos y escalpelos, ha debido tomar el portante y marchar á otros países, v. gr., Alemania, Prusia ó Inglaterra, donde todos son pobres petates, y dejarnos á nosotros que nos midamos y pesemos á nuestro antojo y segun nuestro leal saber y entender.

Nosotros, entónces, nos hemos declarado *en junta;* hemos abreviado el ceremonial y convertido el crisol en *incensario*, pasándolo mutua y cordialmente de mano en mano, con un ejemplar de nuestros escritos, para quemar, no éstos, sino en obsequio de ellos, ya el arabesco incienso ó peruana vainilla, ya la rústica juncia ó el honrado espliego.

Pero todo esto con cierta solemnidad y prosopopeya, entonando al compas del oscilatorio pebetero cánticos de *hosanna*, estrambotes y áun estrambóticos de..... «*Ecce homo.*» «Mirad al hombre grande, fantástico, rutilante, providencial; escuchad su voz; admiradle, profanos, glorificadle, encarecedle, y sobre todo, comprad su obrilla, que no hay más que pedir. Véndese en la librería de..... Cuesta 14 reales.»

El público, el pobre público, aturdido, atortolado, asfixiado con aquel humo, con aquel incienso, con aquel ruido, corre de aquí para allí, y se empina de puntillas, y enristra los anteojos para descubrir al gigante — y acierta

á distinguirle allá arriba, muy arribota, en hombros de los demas, tamaño como un cañamon.—Con lo cual da al diablo su miopía y catalejos; y luégo corre á buscar el camino de la librería para adorar á aquel dios en su templo.—Pero..... ¡oh veleidad!—No bien ha dado tres pasos, cuando ya va diciendo para sus adentros :—«¡Eh, qué diablos! lo mismo decian de mi vecino, y es un porro.»

Con esto, y con ver cruzar á la sazon á una pícara rapaza de diez y ocho abriles, con dos ojuelos brillantes como luceros, ó sentir al pasar por la plaza el olorcillo de los jamones de Caldelas ó de las truchas del Barco de Avila, luégo al punto pone en olvido al pregonado autor, y corre á colocar sus monedas en manos de la niña retozona ó del honrado mercader.

Sin embargo, despues de regalarse con la carne ó el pescado en cuestion, quédale todavía un ruido sordo, un cierto rum-rum de la pasada pesadilla, y va repitiendo *gratis et amore* á todo el que quiere oirle que «Fulano es un grande hombre», «que sus obras son muchas obras» y.....—¿Las ha leido V.?—No, señor, pero..... —Yo tampoco.

Entre tanto, el *incensario* quema que te quemarás; y no bastándole ya los aromas pérsicos ni los tomillos de la Alcarria, quema ajos y cebollas fritos en aceite, con que promueve en el concurso una tosecilla seca, que déjelo usted estar.

Y luégo coge uno de los acólitos incensadores cualquiera trozo de la obra incensada, y se lo encaja al público, echándole en el incensario, que es lo mismo que dar con él en las narices al autor.—Por cierto que el olorcillo que suelen dejar los tales papeles no es de lo más grato, que digamos, con que se arma allá arriba una nube de vapores de hombre grande, que el diablo que aguarde su resolucion.

Y sigue la rueda, y continúa el bamboleo; y entre cánticos y silbidos, castañetas y repiquetes, queda dormido y narcotizado sobre rosas el embalsamado autor, al tierno arrullo del *rondó* final:

Hoy por tí,
Mañana por mí:
Solos nosotros valemos aquí.

CORO.

Incensémonos,
Incensémonos,
Porque es bien que nos incensémonos.

LA VIDA SOCIAL EN MADRID [1].

CARACTER DE LOS HABITANTES.

Los hijos de Madrid son en general vivos, penetrantes, satíricos, dotados de una fina amabilidad y entusiastas por las modas. Afectan las costumbres extranjeras, desdeñan las patrias, hablan de todas materias con cierta superficialidad engañadora que aprendieron en la sociedad, y si bien el ingenio precoz que les distingue hace concebir de ellos las más lisonjeras esperanzas en su edad primera, la educacion demasiado regalada, las seducciones de la córte, y otras causas á este tenor, cortan el vuelo de aquellas facultades naturales y les hacen quedar en tal estado. Así que, brillando por su elegancia, sus finos modales y su divertida locuacidad, se les ve permanecer alejados de los grandes puestos y relaciones, dejando el pri-

(1) Para dar fin á esta variada galería de *Tipos y caractéres*, y contrayéndome, por una inclinacion irresistible, á los de la localidad, reproduciré aquí esos bosquejos de la vida madrileña, escritos desde 1851 á 1860, y que vienen á formar un cuadro especial.

mer lugar en su mismo pueblo á los forasteros, que con más paciencia y ménos arrogancia, vienen á vencerlos sin encontrar apénas resistencia de su parte. Su físico es agradable, aunque se resiente de las mismas causas que el moral, y no pudiendo desenvolverse completamente, les hace permanecer pequeños, en general, delgados y enfermizos. Sólo saliendo de su pueblo varian de aspecto y áun de ideas, y entónces se ve de lo que serian capaces con otro método en sus primeros años.

Los provincianos, que forman la mayoría de los habitantes de Madrid, dejando su país, tal vez por las mismas causas, vienen á la córte, y léjos de sus familias, entregados á sí mismos, y sin las consideraciones orgullosas que inspira la presencia de sus compatriotas, adquieren más solidez en sus ideas, van derechos al fin, y no repugnan las privaciones y la paciencia necesarias para ello. Colocados en el puesto que anhelaron, se identifican con el pueblo que los ha visto elevarse, se confunden con sus naturales, adquieren los modales de la córte, y todos juntos forman la sociedad culta de Madrid, sociedad en que reina el buen tono, la amabilidad y una franqueza delicada.

Esta mezcla de costumbres, estas distintas condiciones de magnates distinguidos, empleados en favor, opulentos capitalistas, pretendientes, caballeros de industria y paseantes en córte, dan á este pueblo un carácter de originalidad no muy fácil de describir. El trato es superficial, como debe serlo en un pueblo grande, donde no se conoce con quién se habla, ni quién es el vecino. La confusion de las clases es general por esta causa; las conversaciones, tambien generales por los diversos objetos públicos que cada dia las ocasionan; las diversiones, frias y sin aquel aire de alegría y franqueza que da á las de nuestras provincias la circunstancia de conocerse todos los que las componen; pero de esta misma causa nace tambien la con-

veniencia de poder vivir cada uno á su modo, sin el temor de la censura y de los obstáculos que presenta un pueblo pequeño.

¿Y las mujeres? se dirá: ¡qué! ¿no merecen ser nombradas en estas observaciones? ¡Y tanto como lo merecen! Ellas regulan nuestra sociedad; ellas incitan al hombre á todas sus empresas; ellas nos hacen pretendientes, comerciantes, empleados, literatos, héroes; sus caprichos dirigen nuestros cálculos; sus necesidades fingidas nos crean las verdaderas. Si esta regla es general en todas partes, ¡con cuánta mayor extension no deberá aplicarse á un pueblo donde el deseo de lucir, el lujo extravagante, las contínuas ocasiones de arruinarse, y en fin, la adoracion tributada únicamente al fausto exterior, disculpan en cierta manera y autorizan los caprichos mujeriles! Con efecto, es general el deseo de cada uno de sobrepujar á sus facultades. La mujer del artesano se esfuerza á parecer señora; el empleado consume su corto sueldo porque su esposa brille al lado de la marquesa; ésta gasta las enormes rentas de su esposo por igualar su tren al de los príncipes, y todos se arruinan ante el ídolo funesto de la moda..... ¿Pero ¿adónde vamos á parar con estas tétricas ideas? ¿Y qué? ¿habrá de olvidarse la finura, la elegancia que esta misma moda de las madrileñas presta á su trato? Si su educacion se ve descuidada en los puntos económicos, ¿quién las iguala en las artes de recreo y en los talentos de sociedad? ¿Quién sabe trasladar mejor los armoniosos cantos de Verdi ó de Meyerbeer? ¿Quién baila, rie, juega, burla, reprende y seduce con más gracia á sus numerosos adoradores? ¿Quién sabe unir el sentimentalismo de las novelas con la más amable coquetería? ¿Quién en modales, en vestido, y áun en lenguaje, sabe hermanar la gracia nacional á la extranjera, formando una peculiar, que podrémos llamar *gracia matritense?*

BIBLIOTECA REGIONAL DE MADRID Comunidad de Madrid

¿Quién..... Pero basta lo dicho para formarse una idea de su carácter. El físico es interesante: pequeñas, bien formadas, facciones lindas, talle airoso, color quebrado y aire distinguido: tal es el verdadero retrato de las madrileñas.

Las costumbres del pueblo bajo han mejorado algun tanto, y áun llegarian á ser más templadas sin las contínuas ocasiones de disipacion y bullicio que ofrece á cada paso nuestra capital con la multitud de fiestas, toros, romerías y el prodigioso número de tabernas.

No nos meterémos en eruditas y empalagosas investigaciones para buscar en tales ó cuales razas el orígen de esta parte del pueblo de Madrid, apellidada la *Manolería*, que tiene su asiento principal en el famoso cuartel de Lavapiés, aunque rebosando tambien á los inmediatos de Embajadores, el Rastro y las Vistillas (1). Para nosotros es evidente que el tipo del *Manolo* se fué formando espontáneamente con la poblacion propia de nuestra villa y la agregacion de los infinitos advenedizos que de todos los puntos del reino acudieron desde el principio á la córte á buscar fortuna. Entre los que vinieron guiados de próspera estrella y cambiaron sus humildes trajes y groseros modales por los brillantes uniformes y el estudiado idioma de la córte, vinieron tambien, aunque con más modestas ó menguadas pretensiones, los alegres habitadores de *Triana*, *Macarena* y el *Compas* de Sevilla; los de las *Huertas* de Murcia y de Valencia; de la *Mantería* de Valladolid; de los *Percheles* y las *islas de Riaran*, de Málaga; del *Azoguejo* de Segovia; de la *Olivera* de Valencia; de la *Rondilla* de Granada; del *Potro* de Córdoba, y las *Venti-*

(1) Estos son los *barrios bajos* propiamente tales, aunque los de la parte alta denominados *Maravillas* y el *Barquillo* se hallan tambien comprendidos en gran parte en la misma categoría.

llas de Toledo, y demas sitios célebres del *mapa picaresco de España*, trazado por la pluma del inmortal autor del *Quijote;* todos los cuales, mezclándose naturalmente con las clases más humildes de nuestra poblacion matritense, adoctrinándola con su ingenio y travesura, despertando su natural sagacidad, su desenfado y arrogancia, fueron parte á formar en los Manolos madrileños un carácter marcado, un tipo original y especialísimo, aunque compuesto de la gracia y de la jactancia andaluzas, de la travesura y viveza valencianas, y de la seriedad y entonamiento castellanos.

Este tipo del *Manolo de Madrid*, segun hoy le conocemos y segun nos lo dejó *Goya* pintado en sus caprichos, y en sus deliciosos sainetes el picaresco *D. Ramon de la Cruz*, y yo mismo (que áun le alcancé) he procurado *fotografiar* en varios de mis *Cuadros de Costumbres* (1), ha venido sufriendo constantes y sucesivas modificaciones en sus costumbres, modales y traje; sus oficios más favoritos continúan siendo, como en el siglo pasado, los de herrero, zapatero, tabernero, carnicero, calesero y tratantes en hierro, trapo, papel, sebo y pieles, que constituian hasta hace pocos años los gremios de *chisperos*, *traperos* y otros; abandonada ya la coleta y redecilla, el calzon y chupetin, el capote de mangas y el sombrero apuntado, con que nos le pintan á principios de este siglo, su traje actual, modi-imitacion de los de Andalucía y de clases más elevadas, consiste generalmente en chaquetita estrecha y corta conficado con la multitud de botoncitos; chaleco abierto y con igual botonadura, pero sin echar más que el primero; camisa bordada, doblado el cuello y recogido con un pañolito de

(1) Véanse entre otros los titulados : *El Paseo de Juana*, *La Capa vieja* y *El Baile de Candil*, *El Dia de Toros*, *Requiebros de Lavapiés*, *El Entierro de la Sardina*, etc.

color saliente, asido con una sortija al pecho; faja encarnada ó amarilla, pantalon ancho por abajo, media blanca y zapato corto y ajustado. El sombrero redondo y alto, terso y reluciente, ha sido generalmente trocado por el sombrerito calañés; pero la varita en la mano, y la terrible navaja á la cintura, son prendas de que no se ha desprendido todavía ningun *Manolo*.

Este nombre (á nuestro entender) no tiene otra antigüedad ni orígen que el propio con que quiso denominar al famoso personaje de su burlesca *tragedia para reir y sainete para llorar* el ya dicho D. Ramon de la Cruz, pues en ninguna obra anterior de los escritores de costumbres y novelas, tales como Quevedo, Castillo, Zabaleta y otros, hallamos designados con este nombre á los habitantes de aquellos barrios de Madrid.

En cuanto á la *Manola*, precioso y clásico tipo que va desapareciendo á nuestra vista, y cuyo donaire, gracia y desenfado son proverbiales en toda España, ¿quién no conoce el campanudo y guarnecido guardapiés, la nacarada media, el breve zapato, la desprendida mantilla de tira y la artificiosa trenza del peinado de Paca *la Salada*, Jeroma *la Castañera*, Marica *la Ribeteadora*, Pepa *la Naranjera*, y Colasa, Damiana ó Ruperta, las floreras, fruteras, rabaneras ú oficialas de la fábrica de cigarros? ¿Quién no sabe de memoria sus dichos gráficos, sus epigramas naturales, su proverbial fiereza y arrogancia? ¿Quién no ve con sentimiento confundirse este gracioso tipo en el otro repugnante de la mujer mundana, que en su deseo de parecer bien, ha querido parodiar, sin conseguirlo, la gracia, traje y modales peculiares de la Manola?

El carácter altivo é independiente de estas clases en ambos sexos, su animosidad contra todo lo extranjero ó sus remedos, su indómita arrogancia y su escasa instruccion, unido todo á los vicios y disipacion propios de las

grandes poblaciones, ha hecho que hasta hace pocos años esta parte del vecindario de nuestra villa fuese como una poblacion aparte, aislada, hostil y temible para el resto de ella; pero las vicisitudes políticas por que hemos pasado en lo que va de siglo, y en que tanta y tan apasionada parte ha tomado en todas ocasiones el pueblo bajo de Madrid, le fueron adversas en general, y castigando duramente sus pasiones, sus excesos, sus demasías y exageraciones de 1814, 1820, 1823, 1834 y 1843, le dieron á conocer bien á su costa que habia en la sociedad otra fuerza mayor que la fuerza material, y que habian pasado los tiempos de los *ignos* y *lairones*, de los *trágalas* y las *pititas*. — Desde entónces, mejorándose simultáneamente la instruccion, y aumentada la vigilancia del Gobierno, creciendo en ellos el amor al trabajo y á los goces más halagüeños de una sociedad culta, y extendiéndose tambien en aquellos barrios extremos, con el aumento y mejora del caserío, una parte de la poblacion más acomodada, la entrada en ellos ha dejado de ofrecer un valladar impenetrable á las personas decentes. Ya no choca el ruido de los coches, ni son perseguidas las señoras con *gorro* ni los hombres con *futraque* ó *levosa;* los chicos de tierna edad no aparecen ya en cueros ó en camisa jugando al toro ó apedreándose á cada esquina; ántes bien se recogen en las benéficas *Escuelas Pías* y de *Párvulos* de las calles del Meson de Paredes, Espino, de Atocha ó de Belen. Las Manolas no serpentean ya todo el dia con sus trajes ondulantes y campanudos (excepto aquella parte proporcional dedicada al vicio y á la prostitucion); asisten á trabajar modesta y *silenciosamente* en la fábrica de cigarros ó en los particulares obradores de zapatería, sastrería y otros; los Manolos son tambien artesanos ó mercaderes ambulantes, y han tomado el gusto á una ganancia legítima y segura, si bien no curados enteramente de

la excesiva aficion á los toros y á la taberna; y preciso es confesarlo (á despecho de los encomiadores de todo lo antiguo), el pueblo bajo de Madrid, entrando actualmente sin replicar en el sorteo para la quinta (de que ántes estaba exceptuado), pagando su contribucion industrial y su habitacion al casero, trocando para ir á los toros el antiguo y estrepitoso *calesin* por el *ómnibus* comunista, las *seguidillas* por la *polka*, la *landurria* y el *pandero* por la orquesta militar ó el organillo aleman, y asistiendo frecuentemente á la Ópera, al Circo ó al ferro-carril de Aranjuez; si ha perdido la fisonomía local, excepcional y tal vez poética que daguerreotipó D. Ramon de la Cruz en sus admirables farsas de *La Casa de Tócame-Roque*, *El Manolo*, *Las Castañeras picadas*, *La Venganza del Zurdillo*, etc., ha ganado, y mucho, en moralidad, en instruccion y en bienestar, y bajo todos estos aspectos el distrito de Lavapiés puede sostener actualmente el parangon con los demas de Madrid.

EL FORASTERO EN LA CORTE.

Al reseñar la índole y carácter general de un pueblo numeroso, que, por su extension, por su vecindario y por la residencia en él del supremo Gobierno, es hace tres siglos el primero de la monarquía, parece del caso acompañar á aquellas ideas generales (muy propias para ser consultadas separadamente en los casos respectivos) un ligero bosquejo que dé á conocer al forastero el movimiento de este mismo pueblo en su vida animada; materia muy importante de estudio para el espíritu observador, y á que ya consagramos algunos años de nuestra juventud en una obra especial destinada á este objeto (1).

No es ni puede ser nuestro intento entrar, como en aquélla, en todos los pormenores íntimos de la vida privada; trazar dramáticamente los cuadros ó escenas á que dan lugar la educacion, las costumbres y las leyes que gobiernan nuestra sociedad, ni repetir tampoco festivamente los tipos ideales que entónces nos sirvieron para desenvolver y materializar aquella idea. Nuestra tarea es por hoy más reducida, tratando sólo de indicar al forastero que por interes ó por capricho venga á visitarnos, aquellos usos más generalmente recibidos que en las di-

(1) *Escenas Matritenses*, por El Curioso Parlante.

versas épocas del año prestan vário colorido á nuestra sociedad matritense, y la hacen, á juicio de los mismos extranjeros, una de las más gratas, animadas y cultas de Europa.

Debemos suponer que el forastero al presentarse en ella cuenta afortunadamente con aquellas dotes naturales y adquiridas que constituyen un cumplido caballero, y que por sus relaciones y posicion social puede prometerse hallar acceso fácil y halagüeño en lo íntimo de nuestra sociedad. Ante todas cosas, preciso es que se persuada de que en un pueblo tan numeroso y compuesto de tan distintos elementos ha de ofrecerse aquélla á su vista bajo todas las fases; pero como lo suponemos dotado de buena educacion, regular criterio y filosofía, desde luégo nos inclinamos á aconsejarle que estudie y observe bien ántes de juzgar en todas las ocasiones que la necesidad ó el capricho le brinden. A ayudarle, pues, en esta concienzuda tarea es á lo que tienden hoy nuestras ligeras observaciones.

En las páginas anteriores indicamos algunos rasgos característicos de los naturales de Madrid, y dijimos allí (sin que creamos que por ello se nos acuse de apasionados) el ingenio natural, los elegantes modales y la benévola franqueza que distinguen á la juventud madrileña, y que la hacen acoger al forastero con cordialidad, dispensarle sus favores y hasta cederle el puesto en el teatro cortesano. Esta justicia, por lo ménos, debe hacerse á los hijos de Madrid, que repugnan la intriga y la ambicion, desconocen la envidia, y tal vez por estar acostumbrados á mirar lo efímero del poder, le tienen en poco, sonrien desdeñosamente á los esfuerzos que miran hacer por alcanzarle, ó combaten con satírica ironía la ofuscacion y deslumbramiento de los que le alcanzaron. Esto, ciertamente, no es ni puede ser lo más provechoso para ellos, pero sí para el forastero, que acogido desde el primer

momento en su intimidad, abiertas para él las puertas de las sociedades públicas y privadas, facilitadas las relaciones, y aseguradas en boca de los naturales otras tantas trompetas de su fama, puede aprovechar los momentos, ir derecho al fin que anheló, elevarse sobre tan próvido pedestal, é incorporarse naturalmente en una sociedad que así le tiende los brazos y le humilla todas las barreras.

Ni son sólo los naturales de la córte los que así conspiran para atraer á su centro á las notabilidades provinciales. En el extenso recinto de ella, y formada como las capas de la tierra por superposicion sucesiva, existe siempre una grande hijuela, acaso compuesta de la parte más importante y vital de la poblacion de cada provincia, de cada ciudad, de cada aldea, adonde el forastero encuentra naturalmente desde sus primeros pasos el más decidido apoyo en su carrera. Los destinos públicos de la Administracion, la magistratura, la milicia y la Iglesia; las sociedades científicas y literarias, la industria y el comercio, cuentan respectivamente una parte proporcional de andaluces y catalanes, montañeses y vascongados, asturianos y gallegos, aragoneses y castellanos, extremeños, valencianos y manchegos. Allí naturalmente, en su respectiva seccion de compatriotas, encuentra el recien venido el núcleo de su sociedad futura, el gérmen de su fama ulterior. Ellos le tenderán cordialmente la mano, ellos le pondrán en evidencia, ellos le ayudarán en su tarea, y ya sea pretendiente ú orador, ya comerciante, literato ú hombre de mundo, puede contar con que los primeros aplausos que escuche en la capital del reino ha de oirlos seguramente en el dialecto provincial que le arrulló en la cuna.

Pero tambien no se persuada de que tan lisonjero triunfo, que tan próvida ovacion, hijos sin duda de su talento ó de su fortuna, han de llegar tan pronto y sin mezcla de sinsabores. Reconozca filosóficamente la diferencia que

la distinta posicion, el diverso teatro, suele causar en los hombres, y más si son actores cortesanos y saben la importancia de su papel. No pocas veces hallará desdenes donde esperaba favores, extrañeza donde recordaba intimidad, celos donde buscaba ternura, y hasta en los lazos de la sangre desconocimiento ó aversion. En este punto, su estrella, su ingenio y su tacto exquisito para no herir susceptibilidades, son las únicas salvaguardias que han de preceder al recien venido; sobre todo le recomendamos el sufrimiento, la constancia y el trabajo, seguro de que como él valga realmente alguna cosa, como él insista y consiga al fin hacerse útil ó necesario, tiempo tendrá de recoger ámplia cosecha en el campo del favor.

La introduccion privada del forastero en la sociedad madrileña es fácil y sencilla hasta el extremo. Una simple carta de recomendacion, una relacion de vecindad, tal cual modesta tertulia, un encuentro casual en una visita, en un sarao, en un viaje, son causas suficientes para ofrecerle con franqueza una casa, son pretextos plausibles para volver á ella á visitar á sus dueños. Suponemos á nuestro forastero de bastante discrecion y escogidos modales para pretender aconsejarle en este caso; la escala del ceremonial entre nosotros es muy corta, y tal vez se resienta de demasiada franqueza y buena fe. Sin embargo, el hombre para quien la galantería no es una serie de fórmulas fingidas, y sí una obligacion de deferencia y de bondad, debe conocer sin necesidad de pedagogo hasta dónde su presencia es grata ó importuna, á qué punto concluye la satisfaccion de la persona visitada para dar lugar á la obligacion de la etiqueta, cuáles son palabras de cortesía y cuáles expresiones del corazon; y procediendo con arreglo á ello, no prodigar sus gracias, ni disimularlas hasta oscurecerlas; no confiarse del todo, ni recelar tampoco demasiado; no aparentar tibieza por los objetos

nuevos que la córte le ofrece, ni tampoco exagerar su admiracion hasta un ridículo extremo de candidez.

En un pueblo como la córte, grande y agitado, el tiempo adquiere naturalmente más valor que en las provincias; las relaciones y visitas no pueden ser, por lo tanto, tan íntimas y frecuentes, ni llevar el rigor al extremo de exigir que todas le sean devueltas inmediatamente; conviene, pues, al forastero calcular las horas convenientes á cada casa, á cada persona, á cada edad, y para ello le será muy oportuno informarse anticipadamente de sus usos, pues en la época de transicion en nuestras costumbres que atravesamos, aquéllas varian hasta lo infinito, de suerte que la hora de comer, por ejemplo, comprende en Madrid desde las doce del dia, en que empiezan los jornaleros, hasta las ocho de la noche, en que concluyen los magnates y embajadores. El uso general en la sociedad decente es comer entre cuatro y cinco de la tarde, y por lo tanto, las visitas familiares ó de ceremonia pueden convenientemente hacerse entre dos y cuatro. Para ser recibido por la noche en *tertulia* de confianza es preciso ser invitado expresamente á ello, pues de lo contrario, puede exponerse el forastero á causar molestia con su presencia, y de ningun modo parece regular, áun en otro caso, presentarse ántes de las nueve ni retirarse despues de las once ó las doce.

El traje, los modales y ceremonias apénas se diferencian en la córte de los generalmente adoptados en la culta sociedad de las principales capitales de provincia; sin embargo, el recien venido es una carta cerrada, y hará muy bien en cuidar esmeradamente de aquel sobrescrito de su persona, y estudiar en los modales cortesanos ciertos matices delicados, ciertas indescriptibles pequeñeces, que forman el colorido del trato de Madrid y marcan con un sello especial su amable sociedad. En este punto, si el forastero es jóven, bien pronto le inocularán en estos misterios dos

bellos ojos ó una grata sonrisa, y si fuese viejo y observador, ¿á quién le remitirémos?..... á los libros de Séneca ó á los *Caractéres* de La Bruyère.

Nuestra sociedad, afortunadamente, no alcanza aquel grado de magnífica perversidad ó refinada *civilizacion*, al decir de nuestros vecinos transpirenáicos, de que ofrecen espejo fiel sus memorias contemporáneas. Sabemos por ventura poco, y no sentimos la necesidad de envolver nuestros extravíos en esa elegante gasa recamada de oro, en ese perfume oriental, que revelan en la más alta escala de la sociedad parisiense las ingeniosas novelas de Balzac, Dumas, Sand, y Soulié. Tampoco la desigualdad de las fortunas es tan extrema, la grosería y el libertinaje tan atroces como los pinta Eugenio Sué en su célebre obra de *Los Misterios de París*. Nuestros deslices, hijos del corazon más que de la cabeza, no están tan bien calculados para producir efecto dramático. Tenemos unidad de creencia, y creemos todos; el disimulo y la hipocresía entran por poco en nuestras costumbres; los deseos no son tan violentos ni ilimitados; la ilustracion no es mucha en las clases elevadas, ni tampoco demasiada en las ínfimas; hay en unas y otras, sin duda alguna, delitos, pero en todas domina el instinto religioso y cierto buen juicio y rectitud natural.

Dejando, en fin, estas observaciones generales, de que no hemos podido prescindir, entremos ya en aquella rápida reseña que hemos prometido, de los usos establecidos en la vida animada de este pueblo, que al paso que suministren nuevos datos para juzgar por ellos de su índole distintiva, sirvan tambien de pauta para arreglar el empleo del tiempo y la oportunidad de alargar más ó ménos su permanencia; para ello nada nos parece más conveniente que recorrer rápidamente las várias estaciones y meses del año, dando una ligera ojeada sobre las ocupaciones y placeres que le brinda Madrid en este período.

UN AÑO EN MADRID.

DE SANTIAGO A SAN JUAN

(1851—1852) (1).

JULIO.

GACETILLA DE LA CAPITAL.

A las páginas tercera ó cuarta de los diarios mayúsculos y políticos, apoyando su izquierda en los decretos y actos oficiales del Gobierno, y su derecha en las observaciones del termómetro atmosférico ó del bursátil;—osten-

(1) Esta serie de artículos, que forman una crónica humorística de nuestra capital, fueron escritos para el periódico titulado LA ILUSTRACION, desde Julio de 1851 á Junio de 1852, y son los únicos en que el autor se permitió contraerse á hechos materiales ó históricos, á nombres propios y determinados.—Pero como por la manera especial con que hubo de reseñarlos, y por la índole general y permanente que procuró dar á sus breves artículos, pudieran acaso ofrecer aún interes en su lectura, ha creido deber conservarlos, reproduciéndolos en este *rebusco* de sus obrillas festivas.

tando á su frente el nombre del Santo del dia y las festividades religiosas que la Iglesia celebra;—dejando á retaguardia las lujosas discusiones del Parlamento; los comentarios y paráfrasis de la situacion política palpitante; los discursos *del fondo* de la redaccion; los piropos mutuos por todos los tonos de la lira; las novedades políticas tan *nuevas* como un nuevo protocolo aleman, una nueva constitucion francesa ó un nuevo pronunciamiento del fidelísimo reino de Portugal;—y escoltado, en fin, por los interminables catálogos-ómnibus de la Empresa mercantil de Saavedra y de Riberolles, aparece diariamente bajo el epígrafe que arriba cuelga una estimulante y sustanciosa seccion, destinada á poner en conocimiento del piadoso lector todos aquellos episodios, incidentes, lances, percances, chascarrillos y alevosías de que fueron teatro harto plebeyo en veinte y cuatro horas anteriores las calles y encrucijadas de la noble y heroica capital.

Si será interesante al público paladear esta variada y espléndida menestra, salpimentada ademas por festiva pluma, y servida con cierta coquetería de adminículos, ribetes y farfalares, á guisa de *entremets* en el opíparo banquete de la prensa política, no hay para qué estamparlo aquí.—Baste decir que á beneficio de este periódico mecanismo, entran, como hoy suele decirse, en el *dominio público* y en el *terreno de la discusion* instantánea y simpática todos aquellos amables episodios, todas aquellas inocentes fechorías que tal vez no alcanzaron en el momento de su realizacion otros testigos que la víctima muerta ó el asesino fugado; que el perro que rabió, ó que el párvulo perdidizo; que la mujer apaleada, ó que el marido envarado; que el caballo atropellador, ó que el sereno dormido; que el robado indefenso, ó que el *póstumo* salva-guardia de seguridad (S. P. Q. M.).

Y dicho se está el sabroso estímulo, la sal aperitiva,

que para todo pío ó impío lector ha de llevar consigo aquella dramática crónica; ya se atienda á la *vis cómica* de su interes intrínseco, ya al ribete gustoso que suele prestarla el nombrecillo propio, el conocimiento de la localidad, lo variado y fecundo de las peripecias, y hasta el estilo de remoquete en que, con la más sana intencion, suele estar hecha la narracion del caso por el benévolo redactor gacetillero.

Este, en nuestra actual organizacion social, en los adelantamientos de nuestra moderna cultura, ha venido para el caso á reemplazar ó sustituir en aquella parte de sus funciones al barbero ó al peluquero que nuestros padres gastaban para rasurarse la cara ó para empolvarse el tupé, instruyéndose al paso de boca de aquellos amables y populares Fígaros en todas las *ocurrencias* ocurridas en plazas y callejuelas el dia anterior.—El *cuarto poder del estado*, ó sea la prensa periódica, á beneficio de la ilustracion y progreso de la época, ha venido á tomar á su cargo aquella augusta mision, poco decorosamente cometida en tiempos añejos á los dichos peluqueros y rapistas.

Ademas de la curiosidad satisfecha, se interesan vivamente en la diaria publicacion por medio de la imprenta de estos *proverbios dramáticos* la moralidad pública, y la privada reputacion, como que sería un grave mal para el país ignorar—que en la casa tal fué sorprendido un juego;—que el zapatero cual apalea á su mujer;—que la del tendero de la esquina se escapó con el sastre del portal;—que á Fulano le mordió un perro;—que á Zutano le parió la gata;—que mañana se casa Fulanito con su novia;—ó que Zutanito bailando la polka se torció un pié; y si para cerciorarnos de esta verdad, y para convencernos de aquella conveniencia, escogemos aquí algunos de estos lances ó episodios dramáticos, imitados de nuestras publicaciones más ó ménos *graves*, formarán nuestros lec-

tores una idea aproximada de la moraleja y suave leccion que destilan; hélos aquí:

—*Don F. de T.* (aquí el nombre con todas sus letras), habitante en la calle de..... y empleado en..... por más señas, sorprendió anoche, de vuelta del teatro, á un galan anónimo cenando mano á mano con su mujer. Esta, para ponerse á cubierto de las iras de su esposo, se salió al balcon con ánimo de arrojarse á la calle; pero no lo hizo por fortuna, si bien dió lugar con su estratégico movimiento á que el galan encerrase con llave al marido y se escapase luégo con aquélla. En medio del tumulto que estas ocurrencias ocasionaron en la casa, apareció el celador del barrio y los municipales, y no habiendo habido á la mujer fugitiva ni al galan raptor, echaron mano del marido y le pusieron á disposicion de la autoridad.

Vaya otro.—*Por el celador del distrito de..... han sido* recogidas Asuncion Tal y Asuncion Cual (alias Las Unciones), mujeres de mala vida, prostitutas, licenciosas y públicas rameras, que recibian á todas horas del dia y de la noche á los aficionados, en la calle de..... número..... cuarto bajo, casa de doña Claudia la Corredora, que continúa mereciendo la confianza del público sensato.

—*El de la demarcacion de..... sorprendió en la noche de* ayer una tertulia licenciosa en que se ejercitaban los concurrentes en toda clase de supercherías, rifas, y juegos de azar. Hé aquí la lista de los sujetos comprendidos en aquella escandalosa reunion, con sus nombres y apellidos, y delitos que han cometido.

—*Fulana de Tal, de estado honesto, que vivia amancebada* con D. F. de N., vecino de esta córte, ha sido presa

y mandada de justicia en justicia á su pueblo, con las notas convenientes para que ponga á cubierto su reputacion.

—*Igualmente ha sido entregado á disposicion de la autoridad* el maestro zapatero Crispin Correa, por haber amenazado con muy malos modos á su mujer Dionisia Mandiles, de que resultó, entre otras cosas, romperla la cabeza, á consecuencia de lo cual falleció á las pocas horas en el hospital.

—*Ayer á las cinco de la mañana se verificó en público*, en el paseo de las Delicias, el lance de honor que tenian pendiente los señores Tal y Tal; siendo padrinos respectivos los señores..... y no habiendo por fortuna resultado desgracia alguna, ántes bien satisfechos ambos combatientes de su mutua destreza, concluyeron el *encuentro* en un magnífico almuerzo en la fonda de Prósper, etc.

(Esto en cuanto á la moraleja de las *chispas:* en cuanto al interes, ó á la curiosidad, ó á la conveniencia pública, véanse las siguientes):

—*En la tarde de ayer fué atropellado inhumanamente* por un coche de plaza un perrito inocente, de la casta habanera, que se hallaba durmiendo tranquilamente en medio del arroyo. No cesarémos de clamar uno y otro dia contra estas contínuas catástrofes, ocasionadas por el deplorable abandono en que las autoridades tienen el cumplimiento de sus deberes.

—*Ayer juéves se promovió en la fuente de Cabestreros* una disputa acalorada entre los criados de las casas inmediatas y los aguadores, sobre llenar los botijos de aqué-

llos: éstos (los aguadores) los llenaron de improperios, y los otros apelaron á la defensa natural, quebrándolos en sus cabezas y reclamando despues daños y perjuicios.

—*Por el celador de las afueras ha sido conducido á la* cárcel de Villa un hombre anónimo, por hallarle tendido en una loma durmiendo sin documento que le acredite.

—*Avisado el del barrio de..... por el habitante de la* buhardilla de la plaza núm..... D. F. de T. de haber sido robado completamente de alhajas y enseres, éste dispuso inmediatamente proceder á la captura del ladron, que hasta la hora presente no ha podido ser habido, ni el menor indicio de su paradero.

—*Ayer tarde á las cinco y cuarenta y dos minutos se* cayó del tejado del piso sétimo de la casa núm..... calle de Cuchilleros, un gato negro rabon, quedando en el acto cadáver difunto.

—*En la mañana de hoy hemos sido testigos de un* suceso lamentable, que ha dado ocasion á terribles desgracias. Hallándonos de madrugada tomando el fresco en nuestro balcon, vimos cruzar sobre nuestras cabezas un extraño meteoro, una vision luminosa á manera de culebrina, que cayendo rápidamente sobre el almacen de madera de la calle de..... le incendió en el instante, sin que bastáran á contener sus estragos los esfuerzos de los vecinos y de la multitud de gentes que se agolpó al momento en el sitio de la catástrofe. Entre otros episodios lamentables que presenciamos, fué uno el de una criada que se estrelló en la calle, arrojándose por un balcon, y el esfuerzo heróico del sereno del barrio, que salvó á una jóven por el tejado.

(Al dia siguiente todos los demas periódicos copian al pié de la letra el párrafo en cuestion : «*En la mañana de hoy hemos sido testigos*, etc.» Todos lo presenciaron, todos estaban al balcon tomando el fresco, todos vieron la vision, el fuego y los episodios. Pues es el caso, que ni tal fuego, ni tales episodios hubo, y que todo fué un rato de broma que se permitió el gacetillero inventor.)

Otras veces la *gacetilla*, prescindiendo de estas licencias poéticas, y no contenta tampoco con el modesto papel de coronista de hechos más ó ménos consumados, entona el canto por otro estilo;—y con ciertas ínfulas de edil tribuno del pueblo, denuncia á las autoridades los abusos lastimosos que observa en la administracion de la villa, exhalando sus sentidas quejas y parodiando el «*Quousque tandem*» porque la vecinita del cuarto 2.° anda en telégrafos eléctricos con el pollo del principal;—porque el sereno del barrio, algo turbado por el mosto, se sentó en un poyo á descabezar el sueño;—porque la carretela del título A..... no llevaba anoche encendido el farol;—porque la yegua del banquero B..... se encabritó ayer tarde orillas del Canal;—porque la codorniz de la dueña ó el loro del indiano no le dejaron dormir la siesta á la gacetilla;—porque los tenderos de enfrente se salen á la puerta á tomar el sol,—ó porque los mozos de la esquina se tienden á la sombra;—porque el organillo del italiano toca la tirolesa de *Guillermo Tell*, ó los arpistas franceses destrozaban cordialmente el *Bell alma innamorata;*—porque ladraban los perros, ó los chicos de la escuela jugaban al toro en la plazuela de Santa Cruz.

Y tomando ocasion de todos estos *abusos*, la celosa gacetilla se pronuncia enérgicamente contra las vecinas y los pollos; los serenos y las tabernas; los títulos y las carretelas; los banqueros y las yeguas; las codornices y los

loros; los tenderos y los mozos de cordel; el sol y la sombra; el organillo y las arpas; los perros y los muchachos; —contra todo el mundo en fin: — y por consecuencia, exhorta y *reclama* de la autoridad que prohiba señoritas; que suprima galanes; que anule serenos; que mate perros; que deje cesantes á los caballos; que haga desaparecer las yeguas; que ahogue los loros, codornices y demas avechuchos parleros y cantantes; que amortice títulos y consolide banqueros; que cierre las tiendas, y haga marchar á Astúrias á los mozos de cordel, á la Inclusa los chicos, y al infierno los bardos de las arpas ó los Orfeos del organillo.—Con lo cual quedarian regularmente amenas las calles y plazas de la populosa córte, y dotadas del aseo, silencio y compostura de un falansterio ó de un claustro conventual.

Pero entónces, señores gacetilleros, ¿de qué habia de hablar la *gacetilla?* Y sin *gacetilla* ¿quién habia de leer un periódico?

¿El Corrector de pruebas?

AGOSTO.

MADRID SE SECA.

¡Qué calor! — Cumple á nuestro deber de coronistas hebdomadarios el consignar á la cabeza de esta revista ú ojeada retrospectiva la exclamacion que dejamos estampada, y que viene á ser la expresion genuina, la idea dominante de la semana que acaba de trascurrir. — *¡Qué calor!* — Señores contemporáneos, siquiera fuesen ustedes procedentes del año del motin contra el ministro Squilache (1776), ó contáran ya entónces *veintidos* abriles, como la anciana benemérita que vende yesca y fósforos á espalda de la fuente de Cibéles — ¿han visto ustedes ni recuerdan en aquella dilatada serie de agostos un Agosto más incendiario que el del año de gracia de 1851? — Prueba al canto. — Saquen ustedes esos diarios infalibles de Uribe y de Tewin, de Jimenez Haro y de Jordan, de Boix y de Alonso, á ver si en todos ellos y en la parte de las observaciones atmosféricas pueden presentar una semana como la que acaba, y que para perpétua memoria y para descargo de nuestra conciencia vamos á estampar aquí :

	Termómetro Reaumur.	Termómetro centígrado.
Juéves 14. . .	34 3/4	43 1/2
Viérnes 15.. .	35 3/4	44 3/4
Sábado 16. . .	33 3/4	42 1/2
Domingo 17. .	35	43 3/4
Lúnes 18. . .	35 1/2	44 1/4
Mártes 19. . .	32 1/2	38 1/4
Miércoles 20. .	31 1/4	36 1/4

Y cuenta que no han sido solos esos siete dias los favorecidos con tan subida temperatura, sino todos los anteriores igualmente desde los primeros del mes, y es de esperar que para los que quedan tengamos el consuelo de permanecer durante todo él á la altura del Senegal.

Por fortuna, para templar nuestro ardor, para mitigar nuestra sed ardiente, traemos entre manos (si no entre los labios) un gran proyecto:—tenemos ante nuestras mentes la risueña perspectiva de un caudaloso rio que no dista ya de nosotros más que unas diez y siete leguas, y como obra de ochenta millones—¡cosa corta!—pero que esperamos en Dios podrémos ver realizada si alcanzamos á vivir siquiera las calendas de la vieja ántes citada (1). Entre tanto, nuestro pobre Manzanáres, á medida que nosotros nos hemos ido liquidando, ha ido él poquito á poquito quedándose en seco; tomó punto, y realizó cumplidamente el célebre dicho de Tirso:

«Como Alcalá y Salamanca,
Teneis, y no sois colegio,
Vacaciones en verano
Y *curso* sólo en invierno.»

(1) Por fortuna me equivoqué en el pronóstico. Siete años despues, el 24 de Junio de 1858, llegaba á Madrid el raudal del Lozoya, desplegándose en magnífico surtidor en lo alto de la calle Ancha de San Bernardo.

Con lo cual ha habido que disponer que las cubas del riego acudan todas las tardes á humedecer algun tanto su álveo y proveer de líquido los cauchiles adonde solian darse un jabon ropas y cuerpos de los heroicos habitantes;—pero es lo malo que cuando las susodichas cubas acudian á llenarse á los pilones de las fuentes, se hallaban con que éstos se los habian ya sorbido las de los aguadores asturianos, para *aguar* un poco el agua de las norias y pozos, que por base general están encargados de refrescar nuestras fauces sitibundas.—Y entre tanto que esto sucedia, los *órganos de la opinion* se descolgaban quejándose del polvo y de la falta de riego en calles y paseos, y pedian cotufas en el golfo, cuando el que más y el que ménos si tiene un sorbito en su charco, le dedica *in continenti* á poner el puchero ó á lavarse la cara, todo sin perjuicio de guardarle despues para iguales usos al siguiente dia.—En las casas de baños, por ejemplo, se brinda á los parroquianos con el mismo líquido que sirvió en el año anterior, y que se conserva embotellado para estos casos; y en los de incendios (que no son pocos) acuden los operarios de la villa á matarlos á soplos, á falta de otra cosa de humedad.—Por fortuna en esta semana no han ocurrido, bendito Dios, más que tres ó cuatro, y ésos no del calibre y consecuencias del dia 8 de Julio en los barrios del cuartel de Guardias, y por el cual se llama actualmente á los propietarios de casas *aseguradas* para que *suden* un par de millones á fin de indemnizar á los que perdieron las suyas.—Precisamente en esta semana en que hemos arreglado la deuda pública y pagado tambien el plazo anticipado de las contribuciones. ¡Todo es sudar!

Afortunadamente todos estos y otros percances del mes de Agosto los repartimos y conllevamos en mayores dósis entre los pocos impertérritos habitantes que con un

valor heroico, digno de la villa del Dos de Mayo, hemos quedado representando intramuros al oso y el madroño consabidos.

Los padres de la patria, que olieron el poste, cerraron las fábricas de las leyes y echaron á correr.—Los magistrados y funcionarios entregaron las llaves al portero, y «ahí te quedas.»—Los escolares y sus maestros colgaron los manteos y mucetas, y «hasta más ver.»—Las academias y sociedades literarias apagaron las luces y se largaron donde no las dé el sol.—Los autores dramáticos, líricos y coreográficos corrieron el telon;—y las tertulias ó *soirées*, los bailes y festines particulares, marcharon á formarse á las frescas playas del Océano, á las risueñas márgenes del Urumea ó á los floridos pensiles de la Granja.—Madrid, pues, está en todas partes ménos en Madrid, y en el momento en que escribimos es menester buscarle en San Sebastian ó en Cestona, en Valencia y Santander, en Sacedon ó en Trillo, en Pozuelo ó Carabanchel, en el frondoso bosque de *Boulogne* ó en el palacio encantado de Hyde-Park.—Hablamos del Madrid cortesano, del Madrid vital, bullicioso y animado, de aquel círculo que en el lenguaje periodístico estamos convenidos en llamar *todo Madrid*, y que en el especial de las revistas semanales se halla condecorado con el lisonjero epíteto de *la buena sociedad*.

Hénos, pues, aquí, en el caso de prescindir absolutamente de tan socorrido argumento, y de consignar las actas de aquel Madrid *comm'il faut* en la pasada semana, como ausentes y lejanos que somos de él y sin poseer el dón de segunda vista;—hénos aquí privados de reproducir por la milésima vez los triunfos parlamentarios del orador A...; los laureles poéticos del autor B...; las ovaciones escénicas del artista C...; la discrecion y donaire de la marquesita D...; las gracias divinales de las lindas

señoritas E..., y la amable coquetería de la vizcondesa F...; todo el alfabeto, en fin, que forma el mobiliario de las gratas revistas que tan á gusto de sus lectoras sabe trazar la discreta y elegante pluma de nuestro amigo *Navarrete*.

Pero la ausencia de éste y de su brillante teatro encantado no ha de ser parte para que privemos absolutamente á nuestros lectores de la reseña mensual, y siquiera sea pálida y escasa de interes dramático, paréce-nos del caso continuarla aquí.

Los únicos salones que no han cerrado sus puertas á sus numerosos apasionados son el del *Prado* y el de *Oriente*, bajo cuyas extendidas y estrelladas bóvedas, alumbradas cuando por la luna llena, cuando por algunos cuantos mecheros vacíos de gas (que suplen mal ó bien á las lámparas solares y bujías de la Estrella que se ahorran en casa), se ha apresurado á acudir cada noche todo lo que resta de Madrid, formando, si no *círculos* aristocráticos, líneas horizontales y en correcta formacion, de apreciables sillas de á dos cuartos, á falta de cómodas butacas de muelles ó de otomanas de pluma y edredon. —Allí, protegidas por aquellas misteriosas sombras, acariciadas por aquellas templadas brisas, han pasado sin duda muchas cosas de aquellas que encierran un interes palpitante (*aliquid latentem*) para los respectivos protagonistas, pero cuyo discreto velo no nos parece prudente descorrer; contentándonos con asegurar únicamente que el todo de la reunion ofrecia cada noche el aspecto más *confortable;*—que la orquesta de bardos y arpas franceses nada dejaron que desear;—que numerosos servidores circulando con profusion repartian sorbetes de la diosa Cibeles con sendos panales por la módica cantidad de ocho maravedises;—y que, en fin, los dueños de la casa (ó sean los señores Apolo y Felipe IV) hicieron los

honores de sus salones respectivos con su amabilidad exquisita y proverbial.

Si, cansados del monótono espectáculo de tan grata reunion, quisiésemos echar una tarde á perros ó gatos, á leones y panteras, á caballos ó monos, los señores Paul y Tourniaire, Cárlos Price y Carrasco nos ofrecian en sus círculos respectivos variadas colecciones y singulares ejercicios de aquellos *artistas;* con que no tuvimos en este punto que sentir más que *l'embarras du choix.*— Tambien en la puerta de Alcalá ha habido indios pegadores y portugueses de pega; y en los teatros de verano, dos ó tres compañías de ópera italiana con su Bellini y su Verdi y su Donizetti corrientes, entre tanto que se preparan para en adelante otras tres ó cuatro más.

Por último, si quisiéramos todavía explayarnos en revistar y comentar las *ocurrencias* de la Gacetilla de la semana anterior, todavía podriamos hacer mencion de algun duelo; dos ó tres raptos ó evasiones de doncellas trashumantes; hasta media docena de suicidios; otra y media de robos y heridas, y como doble cantidad de atropellos, disputas y vapuleos.—Por último, si quisiéramos dejar contristado el ánimo de nuestros lectores con el recuerdo de las muertes naturales ocurridas en esta semana, citariamos la del conocido capitalista señor don José Irunciaga, y la del célebre actor jubilado Pedro Cubas, último que quedaba del famoso trío (Antera Baus y Juan Carretero) que con más acierto llegó á interpretar en nuestros teatros las preciosas producciones de Tirso y de Moreto, de Lope y Calderon.

Y ya que ántes hemos indicado los frecuentes suicidios ocurridos en estos dias, queremos participar á nuestros lectores una especie que hemos oido, y de cuya exactitud, sin embargo, no salimos garantes.—Parece que habiendo observado algunos industriales la tendencia ó el favor del

público hácia esta especie de distraccion inocente, han pensado regularizar este servicio y convertirle en propia especulacion; á cuyo fin tratan de fundar un establecimiento donde á todas horas del dia y de la noche podrá el que quiera entrar en la moda de este fantástico desahogo (mediante una módica retribucion) y con la facultad de despacharse á su gusto y escoger aquel género de *finis* más conforme á sus inclinaciones y manías; para lo cual hallará siempre prevenidos toda suerte de procedimientos más ó ménos cómodos y populares; —v. gr. —para los que quieran concluir con la posible brevedad, habrá armas y pertrechos de todas clases;—cuerdas y garfios, altas torres y azoteas para aquellos que estimen el aire libre, y quieran columpiarse ó describir parábolas ó buscar su centro de gravedad;—venenos y fósforos para los que quieran liar el petate con acompañamiento de dolores y convulsiones;—braseros encendidos para los que prefieran la asfixia;—pozos bien surtidos y canales artificiales para los suicidas hidráulicos, —y fosos profundos para los que estimen más el sólido elemento. —Por último, para los que busquen una muerte dulce, apacible y narcótica, hay prevenidas colecciones completas de la *Gaceta;* —los que intenten saber cómo se muere de fastidio, hallarán abundantes polémicas y discursos de fondo, entresacados de los periódicos políticos ó de las discusiones parlamentarias; y si hay alguno que quiera morir de risa, tendrá á su disposicion los graves folletines del *Diario de Madrid.*

Comunidad de Madrid

SETIEMBRE.

MADRID EN FERIA.

Mañana, veinte y uno de Setiembre, dia clásico en los anales matritenses, da principio (permítalo ó no el tiempo) á aquella célebre y anual Exposicion Universal de nuestra industria y productos más ó ménos naturales, inertes ó animados, que llamamos *las ferias de San Mateo y San Miguel*,—mercedes ambas que debemos los madrileños á la bondad y deferencia del Sr. D. Juan el II de Castilla, por privilegio expedido en la villa de Valladolid á diez y ocho dias del mes de Abril de 1447, y en remuneracion y recompensa de haber tomado á Madrid las villas de Cubas y Griñon (que eran suyas) para dárselas á un su criado.—¡Qué magnanimidad!

El *palacio de cristal* preparado este año como los anteriores para aquella magnífica Exposicion, es la hermosa y extendida calle de Alcalá, la principal y más aristocrática de la villa; que ha sustituido en este prosáico destino á la antigua y famosa plazuela de la Cebada, donde se holgaban, ó más bien donde se sofocaban nuestros mayores en iguales dias, y lucian sus bordados casacones, sus pelucas empolvadas, sus guarda-infantes y cotillas, todo con el correspondiente acompañamiento de trastos y mu-

ñecos, melocotones y avellanas, méritos y *servicios*.—Allí, en aquel irregular aunque extendido recinto, sobre aquellas angulosas piedras, y al traves de aquellos barrios apartados y bulliciosos, corrian á reunirse todas las tardes las notabilidades de la época, la juventud brillante, la hermosura, la grandeza y el lujo de las ostentosas córtes de los Cárlos III y IV; y merced á las expresivas pinturas de Goya, todavía podemos formarnos una idea del interesante espectáculo que ofrecia tan inmensa, animada y clásica solemnidad.

Hoy las luces del siglo la han desviado de su antiguo teatro, la han desnaturalizado algun tanto de su propio carácter; la han modificado, reglamentado, constituido, y hecho vestir el gaban nivelador.—Todavía, sin embargo, conserva algo de su originalidad primitiva, y presta digno asunto á los modernos Goyas para ejercer la magia de sus pinceles.

Por de pronto, á la indisciplina é irregularidad del antiguo mercado ha sustituido cierto método lógico ó matemático en su disposicion material;—los puestos ambulantes, los tinglados intercadentes, los cajones, tiendas y baratillos improvisados, desde los de melocotones aragoneses hasta los muñecos y cachivaches del Tirol; desde las mantas de Palencia hasta los platos de Talavera, todos en el dia tienen su sitio señalado, conveniente, especial, sujetos á la línea y en correcta formacion.—El teatro mismo de la feria ha ganado sin duda en magnificencia, y lleva tanta ventaja á la plazuela de la Cebada como distancia media desde los antiguos Corrales de comedias al novísimo y suntuoso teatro Real.—Los progresos del buen gusto y las exigencias del lujo han crecido asombrosamente, y dado lugar á productos más refinados de la industria, á multiplicacion infinita del concurso mercantil.—Por otro lado, la atmósfera pura y transparente de Madrid, el viví-

simo sol de Setiembre, la azulada bóveda que nos cubre, continúa siendo el fondo obligado de aquel cuadro, y presta su espléndido colorido á la fisonomía especial de su conjunto.

Y sin embargo de todas estas ventajas, y al traves de todas aquellas perfecciones, las famosas ferias matritenses, las ferias francas de D. Juan II, las que pintó Goya, describió Cruz y satirizaron Iriarte, Salas y nuestra misma festiva pluma (1), han desaparecido ó están como quien dice amenazadas de muerte natural.—En vano se las señala más elegante y áun magnífico teatro; en vano se las pretende regularizar con reglamentos; se las dota con pintadas tiendas, con lucida escolta, con bello arbolado, con anchas aceras, con alumbrado de gas;—en vano la poblacion madrileña, desde el más encumbrado personaje de la córte hasta el antiguo manolo de Lavapiés, concurre periódicamente todos los dias á cruzar delante de aquella inmensa tienda, á llenar aquellos paseos, aquellas aceras, aquellas sillas; á lucir sus atavíos á la brillante luz del sol madrileño ó de los mecheros del gas.—Todo esto quiere decir que lo accesorio ha sustituido á lo principal; que la feria es el pretexto, y el paseo el objeto verdadero.

Pregúntese, si no, á los honrados mercaderes de la Plaza y calles de Postas y de Toledo; á los antiguos covachuelos de San Felipe el Real; á los prenderos y chamarileros del Rastro; á los cuchilleros de Puerta Cerrada; á los libreros de la Trinidad y á los alfareros de Alcorcon, si están más conformes con esta brillante *mise en scène* que con el antiguo y modesto *sans façon;*—ó si prefieren las improvisadas almonedas de las calles de la Magdalena

(1) Escenas Matritenses, artículo *Las Ferias.*

y de Toledo, el desbarajuste de la plazuela de la Cebada, al brillante concurso de la calle de Alcalá.—Si les ha convenido cambiar su papel de actores de la feria por el de simples espectadores de los feriantes;—si las escasas luces del siglo anterior producian, en fin, mayor esplendor en sus bolsillos que todos los mecheros de la Compañía madrileña.

Pero admitida ya la ausencia del objeto primordial de la feria, que era en los siglos atrasados el trueque ó venta de efectos de mobiliario, todavía á los ojos *financieros* encierra bastante de su carácter primitivo para pesar suficientemente en la balanza mercantil.—Porque si de los objetos mudos pasamos á los vitales y animados; si de los muebles parados nos trasladamos á los ambulantes; si de los mercaderes de efectos á los efectos mercadantes, todavía hallarémos que la feria matritense, áun bajo su carácter actual, tiene suficiente importancia y utilidad mercantil, si bien ha cambiado de artículos de consumo y ha dado otro giro á su razon comercial.

Porque ¿qué otra cosa que objetos de feria, *materia imponible* (como diria el Diccionario estadístico del Sr. Madoz), son, por ejemplo, los expuestos por la ternura maternal, y consistentes en multitud de pimpollos femeniles, entre los quince á los veinte de su edad, fruta de casa y artículos de fondo de su almacen?

¿Qué buscan en la feria de San Miguel tantas ataviadas bellezas como ostentan sus primores, lucen su gracejo ó balancean su garabato, diestramente ensayadas al espejo y con el *visto bueno* marital?

¿Qué tantos gallardos mancebos sentados á la sombra de los árboles, ó contoneando sus personas desde el Café Suizo á la esquina de la Casa-Riera?

¿Qué tantos hombres públicos y mujeres idem, ostentando en la Exposicion ferial su alta importancia ó su có-

moda mercancía; tantas beldades, prospectos ambulantes de *Monet* y *Armstrong* ó de *madame Perard;* tantos futuros héroes de glorias posibles, tantos ministros presuntos ú oposiciones en agraz?

Las más tiernas en edad, y cuyos deseos infantiles se contentaban en los años anteriores con una muñeca de pasta, salen hoy dia con el pensamiento de feriarse por lo ménos un muñeco *de verdad.*—Estos, que por su parte abundan en aquel mercado, no se contentan si no adquieren uno ó más de aquellos muebles de resorte y gracioso movimiento;—las altas notabilidades van á buscar aura popular;—los elevados personajes, á vender proteccion; la beldad, sus favores; el talento, sus laureles, y la miseria, sus servicios y adulacion.—Todos concurren á empeñar mutuamente en aquel gran mercado sus recursos respectivos; cuáles sus galas; cuáles sus personas; el uno su ingenio; el otro su industria; aquél su categoría, y aquél otro su favor é influencia.—Todos acuden á aquel teatro cortesano, ganosos de buscar lo que les falta por medio de trueque, trastrueque, compra, venta, empeño, demanda, sólido arrimo ó generosa proteccion.

Y al lado de este elevadísimo comercio, al traves de aquellas sublimes combinaciones, ¿qué papel queda reservado á los mercaderes materiales de muebles y cachivaches, de libros y telas, de frutas y alfarería?—El de tristes espectadores de un drama que no comprenden; el de únicos paganos de un mercado en que no despachan; el de adorno obligado de un teatro en que no figuran; el de exponentes, en fin, expuestos al viento levantino, al sol de los tabardillos, á los chubascos del equinoccio, y á la indiferencia y desden universal.

¡Oh desdichados mercachifles! ¡Rogad á Dios que haga retroceder las mentes á los tiempos de vuestro protector don Juan el II, y que borre del siglo XIX este espíritu de

positividad que hasta los más nobles instintos y acciones humanas ha convertido en feria! ¡Pedid, pues, que torne aquella edad dichosa en que sólo vosotros traficabais en vuestros ingeniosos artefactos, sin temer la concurrencia peligrosa de los que trafican en gracias femeniles, en favores cortesanos, en laureles y palmas, en reputaciones fosfóricas y aura popular!—Acaso entónces (y si esto sucediera en tiempos de ferias) no os hallariais tan brillantemente colocados, y tornariais tal vez á la modesta *plaza del Arrabal* (hoy de la Constitucion);—no ostentariais elegantes vuestros primores en la calle principal de la córte, ni recibiriais diariamente la visita de sus clases más elevadas;—no escucharíais el ruido de sus carrozas, la animacion de sus diálogos, ni los interesantes episodios de su vida íntima;—pero en cambio venderiais más muebles y muñecos, mantas y pucheros, y llenariais prosaicamente vuestros bolsillos, si no de brillantes monedas de relieve, por lo ménos de modestas blancas, de tarjas y maravedís.

Nota. Las Ferias de San Mateo, expulsadas posteriormente, al solitario paseo de Atocha, han llegado á una situacion indefinida ó insignificante, y si á esto se añade la concurrencia que las ha salido últimamente en la novísima Feria de Mayo, en el Salon del Prado, puede considerárselas hoy como una reminiscencia y nada más.

OCTUBRE.

MADRID SE ILUSTRA.

La suma importancia del acontecimiento del año, ó más bien del siglo actual; la grande *Exposicion Universal* terminada en Lóndres el dia 15 de este mes, y la descripcion detallada é *ilustrada* que de aquel inmenso espectáculo ha dado *La Ilustracion* á sus lectores, nos ha robado el espacio para atender y reseñar en debido tiempo los otros sucesos del dia, que si no pueden compararse á aquél en importancia, tienen para nosotros el interes de las cosas propias, el grato saborete indígena *ó de casa.*

Por aquella perentoria razon hubimos de pasar en silencio en la primer semana del mes que termina la solemne ceremonia de la apertura de los Estudios universitarios, celebrada el dia 1.° en el nuevo edificio de la calle Ancha de San Bernardo;—acto imponente y majestuoso, que todos los años excita el mayor interes, especialmente en las antiguas y celebradas aulas de Salamanca, Valencia, Sevilla y Granada; pero que pasa como uno de tantos en la capital del Reino, que apénas sabe que encierra entre sus recientes adquisiciones la celebrada Universidad Complutense, gloria del gran cardenal *Cisnéros.*

Nuestra moderna *central*, aunque la más concurrida del reino por reunirse en ella estudios de todas las facultades y hallarse situada en la córte y pueblo de mayor vecindario; y á pesar de poder ostentar un edificio construido nuevamente, vasto y decoroso, y ver acompañados todos sus actos del mayor aparato y ostentacion, con asistencia del supremo Gobierno, numeroso y lucido claustro y brillante concurrencia de espectadores, todavía, sin embargo, carece de fisonomía propia, y de aquella severidad clásica que distingue á las antiguas fundaciones de Salamanca y Valladolid, y que á nuestros ojos hacía tambien respetables é interesantes las bóvedas y claustros de San Ildefonso de Alcalá.—Esta respetable investidura, aquel suntuoso y sagrado carácter, no lo reciben generalmente los establecimientos, como los hombres, con títulos y honores improvisados, con gracias y mercedes como llovidas del cielo;—lo imprimen los siglos, las numerosas páginas de una historia esclarecida, y el orígen excelso, enlazado las más veces con los grandes acontecimientos nacionales ó con los personajes heroicos del país.

Y como nada de esto puede aún ostentar nuestra prosaica Universidad Matritense; como su existencia en nuestros muros no prueba más que un capricho ó un cálculo más ó ménos fundado de los Gobiernos, su edificio incompleto no recuerda más que la innecesidad de haber destruido el bello del Noviciado, que siquiera tenía carácter y tradiciones propias, y que ampliado como pudo haber sido, habria bastado á su nuevo destino, á nuestro modo de ver, con ventajas sobre el actual;—y el aparatoso claustro, en fin, y la mucha concurrencia estudiantil no suscita en la mente otra idea que la duda, por lo ménos, de la utilidad de haber aumentado de este modo con el refuerzo de toda la juventud de la capital el contingen-

te de futuros letrados, teólogos y médicos;—de haber destruido *ab irato* la vitalidad de un pueblo célebre á las puertas de Madrid;—de haber gastado sumas inmensas en la construccion del edificio; sumas que hubieran bastado ámpliamente para hacer un ferro-carril de Madrid á Alcalá, si se querian tener las aulas á media hora de distancia:—por todas estas razones, y algunas otras que omitimos, la Universidad Central, que imprime su nombre á un distrito de la villa, carece aún de importancia propia; excita escasas simpatías, y está muy léjos de dar á aquel mismo distrito la fisonomía escolar que presta al *Cuartel latino* de París la antiquísima *Sorbona*.

Pero basta de estudios, y pasemos á recordar otros sucesos del mes de Octubre; de este mes de grata transicion entre el estío y el invierno, entre los placeres del campo y los no ménos sabrosos de la córte y la ciudad.

Restituida á sus hogares la parte más vital y más brillante de nuestra sociedad matritense, que á falta de *châteaux* y de *villas* en nuestra árida campiña, corrió á principios del verano á buscar sensaciones diversas á las playas del Océano Cántabro, á los jardines de San Ildefonso, á los baños termales ó á los pajizos techos del Cabañal;—y reforzada ademas con la emigracion extranjera (este año mucho mayor que los anteriores con motivo de la Exposicion de Lóndres), vuelven en este dichoso mes á reanudarse las relaciones amorosas interrumpidas; á tomar cuerpo las combinaciones políticas aplazadas; á cultivarse los placeres de las artes y la sociedad.—Se preparan salones donde ostentar las bellas sus encantos; se inauguran teatros donde ganen los artistas coronas sin ducados, y ducados sin coronas; se inventan modas, y se aprestan, segun las diversas condiciones, nuevas fuerzas

para la nueva campaña política, amorosa ó industrial.—Por resultado de ella habrémos presenciado desde el uno al otro equinoccio algunas reputaciones improvisadas;—algunas fortunas hundidas;—tal cual astro nuevo de vivo esplendor en el cielo de la hermosura;—tal cual vuelta rápida en la rueda de la fortuna;—media docena de leyes nuevas elaboradas á grande orquesta;—dos ó tres ministerios salidos del cáos ó hundidos por escotillon.

De todo esto hemos empezado á tener un poco en el mes de Octubre.—Ya nuestros teatros, desde el más elevado y aristocrático hasta el más humilde y vergonzante, abrieron sus puertas á la numerosa concurrencia.—Tenemos, pues, teatro español, teatro italiano, teatro andaluz, y en la próxima semana tendrémos teatro frances.—No se puede pedir más.—Ópera séria, ópera cómica, comedia de rostro feo, de risa, de magia, de susto y de pañuelo en mano,—bailes campestres y de campaña, monos sabios, perros inteligentes, ratas maravillosas, caballos, toros, y demas artistas *de escuela*.—Los espectáculos se multiplican hasta el extremo de que, no bastando el número de concejales para presidirlos, ha dispuesto el Gobierno (á nuestro ver con mucho acierto) que los presida el sentido comun.—Las sociedades de bailes á escote y de amor á cielo raso crecen asombrosamente;—las taurómacas de aficionados progresan;—los panoramas, cosmoramas, neoramas, dioramas, europonamas é industrioramas caen como llovidos del cielo;—y hasta por calles y paseos, por plazas y cafés se ve el pueblo madrileño acariciado por ambulantes prodigios de arpas y teclados; voces inverosímiles de artistas *di cartello;* fenómenos prodigiosos de fuerza y destreza, y en las altas horas de la noche, *parejas luminosas* de *vigilantes* de farol en cinto, que tambien tienen que ver.

La alta sociedad, sin embargo, no ha abierto todavía

sus salones, que generalmente se inauguran otros años con los suntuosos bailes de Palacio en los dias de Sus Majestades, 4 y 10 de este mes.—El estado interesante de nuestra Reina, y el cuidado que reclama una salud y una esperanza tan grata para todos los españoles, han hecho suspender por este año aquellas magníficas solemnidades, que en semejantes dias eran la señal de la apertura de la nueva estacion.—Tambien en el pasado reinado se celebraba por los mismos dias y con la propia solemnidad el natalicio del Monarca (dia 14), y el dia 1.º del mes, el aniversario de su salida de Cádiz, con gran regocijo del cuerpo de Voluntarios realistas, que asistia en semejante dia á dar la guardia al palacio del Escorial, donde solia estar la córte á la sazon.

En aquella *ominosa década* y en uno de aquellos *llamados* años, hubo tambien (en 1826, si no estamos trascordados) un *jubileo* solemne de *año santo*, semejante al concedido cada 25 años por su Santidad, y que ha dado principio en el arzobispado de Toledo en 5 del actual por treinta dias consecutivos.—Pero entónces, como la ostentacion de religiosidad era lo que ahora la ostentacion de patriotismo—un medio de medrar—fué mucho más suntuosa la representacion de aquel santo jubileo, y apénas hubo persona alguna, desde el Monarca hasta el último mendigo, que no tomase parte en él.—Las congregaciones y cofradías religiosas (que eran entónces las únicas asociaciones posibles y pasaban de doscientas); los consejos y tribunales supremos é inferiores; las oficinas públicas; los colegios y enseñanzas; y todos los demas establecimientos, el clero, la guarnicion y el vecindario, asistieron en numerosas y lucidas procesiones á visitar las iglesias marcadas, á presenciar las funciones solemnes celebradas en ellas á sus expensas.—Todo esto era muy vistoso y socorrido para cereros y sacristanes; pero ahora,

en estos tiempos *no ominosos*, de atrasos de pagas y descuentos proporcionales, de contribuciones de cuota fija y de subsidio piramidal, hubiera sido arriesgado el ensayar en tan grande escala aquellas preces solemnes; y por eso han estado limitadas á la procesion del clero, ayuntamiento y cofradías, verificada el domingo 19 bajo la presidencia del Emmo. Cardenal Arzobispo de Toledo; y á las parciales de algunas congregaciones religiosas, que han hecho privadamente despues la santa visita.

Ya que el giro de nuestro presente artículo nos ha conducido como por la mano á consideraciones religiosas, no podemos concluirle sin traer á la memoria la muerte de dos personas notables en diversos tiempos y por diversos conceptos, ocurrida en este mes que reseñamos.—La primera, acaecida el dia 8 en París, es la del decano de nuestra historia política contemporánea, *el Príncipe de la Paz D. Manuel de Godoy;*—la segunda, el dia 11, en Madrid, la del primer actor de nuestro teatro nacional, *don Cárlos Latorre.*—Elevado personaje el primero en la escena política, aunque jubilado y retirado de ella hacía ya cuarenta y tres años, apénas ha excitado su muerte la curiosidad de la generacion actual, que sólo le ha conocido en los libros; el segundo, justamente encumbrado á un alto puesto artístico, deja en nuestra escena un vacío por ahora irreparable y una triste sensacion en nuestra memoria.

¿Quién hubiera predicho al serenísimo Príncipe de la Paz, al Gran Almirante, Generalísimo y Ministro universal de España é Indias; al Duque de la Alcudia y de Evora-Monte, Señor del Soto de Roma y de la Albufera de Valencia; á aquel que podia llenar de sus títulos cien pergaminos y veia pendiente de su cuello la régia insignia del Toison de oro y todas las grandes condecoraciones de Europa;—al poderoso valido, ó más bien dueño de sus

BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

reyes;—quién le hubiera dicho que desde sus palacios de Buenavista ó de doña María de Aragon, donde regía á su antojo los destinos de veinticinco millones de hombres en ambos mundos; donde guardias especiales custodiaban su persona ó abrian paso á su carroza régia; donde los primeros magnates del reino asistian todos los *miércoles* á su córte y se disputaban una mirada ó una sonrisa de su augusta faz; donde hasta los mismos monarcas venian á visitarle como pariente ó amigo; quién le hubiera dicho, repetimos, que á casi medio siglo de distancia habia de acabar su abandonada y triste vejez en una reducida habitacion de la *rue Michaudière, núm.* 20, *cuarto tercero*, y en un *miércoles* tambien, y servido únicamente de una cocinera y un ayuda de cámara?

Nosotros le hemos visto, á aquel coloso que vieron nuestro padres regir omnímodamente durante quince años los destinos de la monarquía y ostentar los tesoros del Nuevo Mundo, reducido á la triste pension de *seis mil francos* que le señaló Luis XVIII, viviendo pobremente en un piso cuarto, y tan resignado, al parecer, con su suerte y las asombrosas peripecias de su vida, que no era difícil hallarle sentado en una silla de los jardines del Palacio Real ó de las Tullerías, entretenido con los niños que jugaban, recogerles los aros ó las peonzas, prestarles su baston para cabalgar, ó sentarles sobre sus rodillas para recibir sus caricias infantiles.—Otros de sus comensales en dicho jardin solian ser los cómicos de provincia que se reunen allí, como en Madrid en la plazuela de Santa Ana, los cuales solian tomarle por un actor jubilado ó un aficionado veterano; y le conocian únicamente por *Monsieur Manuel*, no figurándose jamas que sobre aquella hermosa cabeza habia descansado una corona efectiva de príncipe; que aquellos hombros, hoy encorvados, habian llevado suspendido un manto verdaderamente regio; que aquel

anillo que áun brillaba en su mano era el anillo nupcial que colocára en ella una nieta de Felipe V y de Luis XIV! —Viendo su sonrisa placentera, su benevolencia é interes, ¡cuántas veces llegaron á proponerle una plaza de *regiseur* ó una covachuela de *apunte* al mismo á quien habian obedecido ejércitos y armadas, que habia hecho la guerra á la gran República, y que habia celebrado tratados de potencia á potencia con el grande Emperador!

Ciertamente que la suerte singular de este hombre, tanto en su rápida y asombrosa elevacion, como en su profunda caida y dilatada agonía, es notabilísima en los anales de la Historia.—La nuestra especialmente, tan próvida en azares de esta especie, no presenta, sin embargo, uno idéntico en ambos casos.—Don Alvaro de Luna y don Rodrigo Calderon, muriendo en un cadalso en las plazas de Valladolid y de Madrid, concluyeron lógicamente su trágica historia;—Antonio Perez, sublevando el reino, é intrigando en los extranjeros contra su perseguidor, sólo se le parece en haber dejado sus huesos en la vecina capital francesa;—el Conde-Duque de Oliváres y el de Lerma, refugiados en sus Estados ó bajo la sagrada púrpura romana, apénas sobrevivieron á su desgracia;—el P. Nithard, D. Fernando Valenzuela, Alberoni, Riperdá, la Princesa de los Ursinos y el Marqués de Esquilache, todos murieron alejados, sí, del teatro de sus triunfos, pero no olvidados, ni anulados completamente en grandeza política.—Godoy solo ha arrastrado durante casi medio siglo una existencia incógnita y miserable, en presencia de los grandes acontecimientos europeos, y sin figurar en ninguno de ellos, ha sobrevivido á su propia historia; ha oido los juicios de la posteridad; ha asistido á sus propias exequias, y ha visto indiferente el olvido de tres generaciones.—Sólo su muerte á los 84 años de su edad, y 43 de su caida, volvió á hacer resonar su nombre por un mo-

mento y á revelar á la capital vecina su existencia en ella:—¡solos algunos españoles, testigos de aquella respetable ruina, acompañaron su cadáver á la bóveda de San Roque, donde fué depositado miéntras se traslada á su patria!—¡Sólo las presentes líneas ha merecido á la prensa española la memoria del *Príncipe de la Paz!*..... (1).

Algo más justa y deferente ha andado con la del grande actor que sucedió á *Isidoro Mayquez* en el coturno escénico, *D. Cárlos Latorre,* que falleció el dia 11.—Su cadáver fué conducido á la última mansion con un numeroso acompañamiento de poetas y actores, que en artículos necrológicos y en discursos y composiciones improvisadas sobre su tumba consignaron la simpatía popular hácia el eminente artista que tan dignamente supo interpretar las altas creaciones de Melpomene y de Talía.—No lo extrañamos.—La pérdida del grande actor es irreparable por ahora, miéntras que la del gran personaje político no ofrece vacío alguno.—Con efecto, desde la caida de Godoy, ¡cuántos y cuántos ídolos no hemos visto encumbrados por la fortuna, cuántos ministros y favoritos del poder!—Todos mal ó bien representaron su papel respectivo; todos, como Godoy, brillaron más ó ménos en el gran teatro político cortesano; pero muerto Latorre (que heredó de Mayquez el cetro y el puñal de Melpomene), ¿quién suplirá su ausencia en la escena patria?—¿Quién se encargará de interpretar dignamente las grandes creaciones de la musa trágica, *Edipo, Pelayo, Marino Falliero, Angelo, Otelo, Oscar, Alfonso el Casto, el Rey loco, y el Justiciero?*

(1) Estos párrafos, que dediqué en 1851 á la muerte de Godoy, los he reproducido en las *Memorias de un Setenton*, al reseñar el alzamiento de 19 de Marzo de 1808.

NOVIEMBRE.

MADRID SE ABRE.

«Dichoso mes, que entras con Todos Santos, medias »con San Eugenio y acabas con San Andres.»—Así decian nuestros abuelos en aquellos tiempos felices en que no se conocia otro calendario que el religioso, y en que las festividades de la Iglesia eran los únicos puntos que marcaban las diversas épocas del año en tal era de apacible tranquilidad y beatitud.—Ahora, bendito Dios, es otra cosa.—La vida pública y los derechos imprescriptibles, que hemos adivinado y ganado á fuerza de pulmones y de tinta, nos marcan en cada mes, en cada semana, en cada dia, nuevas ocasiones en que lucirnos, nuevas solemnidades en que regocijarnos, fuera de aquellas en que, como todo fiel cristiano, estamos obligados á tener devocion.

El mes que termina, por ejemplo, ha sido una buena prueba de estas conquistas de nuestra moderna cultura, y nos ha presentado á manos llenas ocasiones brillantes en que hacer suntuoso alarde de aquellos soberanos derechos civiles, amén de los religiosos deberes á que la santa Iglesia nos invita, en más de una solemne ceremonia.

Abriéronse en 1.° del mes las urnas electorales para recibir los votos simpáticos de los electores hácia aquellos

de sus convecinos que juzgaban dignos de representar á la heroica villa en las procesiones y fiestas públicas, en la plaza de toros y en la casa consistorial;—y no hay que decir el placer inefable, el entusiasmo y orgullo con que todos acudiriamos á ejercer el acto sublime de depositar en *la urna de la opinion* aquella papeletita que nos circularon las comisiones del barrio con los nombres de los ciudadanos que la dicha *opinion* designaba de oficio, y que obtenian las mayores simpatías hasta de los electores que jamas los habian oido nombrar.—Primera *apertura* del mes; primer *derecho* cumplido.

Aquel mismo dia, víspera del otro en que la santa madre Iglesia hace la conmemoracion de los fieles difuntos, abrieron tambien sus fúnebres salones para recibir las visitas de deudos y amigos; y los sagrados templos para escuchar las plegarias por su eterno descanso.—Unos y otros estuvieron concurridísimos, y en unos y otros brillaron por su modestia la fe y la devocion de una parte del pueblo, sobre el fingido aparato y las demostraciones de la vanidad arregladas al último figurin.—Aquéllos, animados de una verdadera ternura, de una sincera piedad, regaron con sus lágrimas la modesta huesa donde yacen en comun las prendas de su cariño;—éstos, movidos más bien por el orgullo mundanal, adornaron con festones y coronas las marmóreas tumbas de sus parientes, hicieron quemar delante de ellas fúnebres antorchas, y enviaron á sus lacayos y dependientes á llorar de ceremonia y vestidos de gran gala.—Todos, sin embargo, y cada cual á su manera, usamos de este derecho, del derecho de contemplar nuestra última mansion, y visitamos con preferencia aquellos de estos *establecimientos*, que por su mayor lujo ó por su moderna construccion están más *en moda;* que hasta en ellos la fútil deidad ha llegado á extender su poderío.

Tras de esta segunda *apertura* del mes, vino á los dos dias siguientes la de la representacion nacional, exornada con el aparato correspondiente, y ha seguido desde entónces ofreciendo sus funciones diarias y á grande orquesta, con entradas llenas, y salidas..... vacías hasta ahora de cosa de provecho, á no ser la de haber permitido á nuestros padres ejercer el derecho imprescriptible de cansar sus pulmones y mostrar que estaban *en voz*.

La *apertura* del teatro frances, verificada en los mismos dias, llamó al antiguo coliseo de la Cruz á toda la concurrencia *comm'il faut*, y merced á cuatro pesetas por la luneta—(léase *stalle*),—y otras tres por un par de guantes pajizos, todos pudimos hacernos la ilusion de creernos transportados por algunas horas á la *rue Richelieu* ó al *boulevard des Italiens;* ilusion por cierto de que volviamos rápidamente al hallarnos á la salida del teatro en el antiguo callejon del Gato ó en el estrecho albañal de Majaderitos.—Pero de esta apertura, y de las demas funciones públicas no queremos ocuparnos, por haberlo ya hecho en su tiempo todos los periódicos de Madrid, incluso el nuestro, y no ser tampoco ésta la especialidad del artículo actual.

Tambien la sociedad literaria tuvo su *apertura* por aquellas calendas en la solemne inauguracion de las cátedras del Ateneo, que tienen el privilegio de atraer á sus salones, desde la instalacion del mismo en 1835, la parte más escogida de la sociedad política y literaria de la córte; y á la verdad que este año debió quedar altamente satisfecha con el admirable discurso inaugural pronunciado por el Sr. D. José Joaquin de Mora, uno de los pocos restos venerables que ya quedan de los tiempos en que el saber no se improvisaba, sino que era fruto de profundos estudios, vigilias y tareas.

Por último, hasta la plebe infeliz, hasta el pueblo sen-

sual y descuidado ha tenido ó celebrado en este bendito mes sus aperturas, y ejecutado sus *derechos* más *caros*.— Se ha abierto á los intrépidos aficionados (excepto los ancianos y muchachos) el circo nacional, con valientes novillos embolados, que les han proporcionado la ocasion de describir parábolas en los aires ó buscar en la tierra su centro de gravedad;—se han abierto á sus piés salones de picadero, donde pueden trotar y hacer cabriolas á su sabor;—se han abierto á sus bocas los montes del Pardo, brindándoles el sabroso y primitivo manjar del Siglo de Oro;—y por último, en el mismo dia en que se abrian todas estas cosas, se abria tambien, por disposicion de la autoridad, la *San Barthélemy* del sustancioso mamífero proscrito en la ley de Moises, ó en términos prosaicos, la matanza *oficial* del ganado de cerda, que proporciona á todo cristiano viejo sus suculentos lomos, sus sabrosas salchichas, embuchados y morcillas;—todo esto amén de que, por costumbre inmemorial y autorizada, era tambien el mismo dia el dia clásico de los buñuelos, hojaldres y panecillos.—¡Qué de aperturas en un mes! ¡Qué de derechos imprescriptibles que disfrutar!

Esto en cuanto á los religiosos, políticos y civiles, movibles y manducables; que no acabariamos si quisiéramos hablar de otros derechos que tambien hemos tenido ocasion en el presente mes de hacer efectivos, v. gr., los municipales, territoriales, industriales y de consumo,— que todos son derechos, si no imprescriptibles, por lo ménos adelantados y obligatorios, que para el caso es lo mismo.

El único de los derechos que nos ha sido negado ó suspendido por la Providencia divina en el presente mes ha sido el de pasear nuestras personas al sol, y regalarnos con el templado ambiente de la primera quincena de Noviembre, que en todos los pueblos de la Europa meridio-

nal, y en Madrid especialmente, es conocida por el título de *el veranillo de San Martin.*—Este año, bendito Dios, merced á algun arreglo ministerial de allá arriba, se ha inhibido de este negociado al santo obispo de Tours, para pasarle quizá al apóstol que cierra la mesada, que sin duda ha sido elevado con esta ocasion á ministro de Fomento, cambiando tambien la denominacion del ramo con el título de *veranillo de San Andres.*—Lo mismo da seguramente para los que sobrevivimos al arreglo; en cuanto á los que fallecieron, ó quedaron cesantes por él, merced á los desapacibles nortes y nordestes del dicho período, pueden descansar en la seguridad de que se tendrán presentes sus servicios y circunstancias para mejor ocasion.

«*De-funciones* (contestaba el alcalde de un pueblo de estas cercanías al interrogatorio del jefe político sobre el movimiento de aquella poblacion) *no ha habido otra que la de San Sebastian.*»—En el presente mes, de funciones no ha habido notables más que la de San Eugenio, que se celebra en este arzobispado atracándose de bellotas en el monte del Pardo;—la de los dias de S. M. la Reina, que la augusta madre solemnizó con un magnífico baile, y la del domingo 23, en que se verificó por el clero y autoridades la solemne rogativa de costumbre por haber entrado S. M. en el último mes de su preñez.

Pero en cuanto á *defunciones* (que era lo que queria preguntar el culto jefe político al lego alcalde de San Sebastian), el mes de Noviembre quedará señalado con piedra negra en los fastos de 1851.—El suave vientecillo nordeste, humedecido con las moléculas níveas del Somosierra, y apellidado *aire de Madrid, que mata á un gigante y no apaga un candil,* reforzado de vez en cuando por los violentos aquilones que desnudan nuestros árboles de sus amarillentas hojas y cubren de escarcha nuestras áridas campiñas, se han llevado de calle multitud de ha-

bitantes de la heroica villa, merced á sus rápidos procedimientos de pulmonías y congestiones fulminantes.—Entre estas desgraciadas ocurrencias ha habido que lamentar la pérdida de várias de las eminencias sociales; de las cuales las más visibles por su posicion fueron: el Excelentísimo Patriarca de las Indias, Sr. Posada; el Sr. Gamazo, último abad de San Martin; el Sr. Miñano, comisario general de los Santos Lugares; la Excma. Sra. Duquesa de Villahermosa y la Excma. Sra. Marquesa de Santa Cruz; lamentables pérdidas todas ellas respectivamente para la Iglesia, para el Estado, y para la más alta sociedad de la córte.

Ciertamente que la muerte en estos últimos tiempos parece haberse ensañado contra las más elevadas jerarquías.—Todavía no hace más que diez y ocho años que falleció el último rey, y ya toda la grandeza de su córte ha visto renovado su personal, quedando sólo diez ó doce vivos de los titulares de las primeras casas en vida de Fernando VII.—Estos pocos, que todavía le sobreviven, son los venerables duques de Bailén y de Castro-Terreño, el de Híjar, el de Villahermosa y el de Veragua; los marqueses de Malpica, Alcañices, Valmediano y Miraflores, y los condes de Santa Coloma, Cervellon y Pinohermoso (1).—Pero en cambio han bajado al sepulcro, en este corto período de diez y ocho años (y muchos en lo mejor de su edad), los duques de San Fernando, de Osuna, del Infantado, de Alagon, de Abrántes, de Rivas, de Frias, de Medinaceli, de Alba, de Benavente, de Noblejas, de la Roca, de Montellano, de Granada, de Gor y de Zaragoza; — los príncipes de Anglona y de la Paz; —los marqueses de Santa Cruz, de Santiago, de Bélgida, de Camarasa, de Ariza, de Povar, de Cerralvo, de

(1) Sólo existe hoy el último, Conde de Pinohermoso.

Valverde, de Pontéjos, de Castelar, de Campo-Sagrado, de San Martin, de Monasterio y de Albaida;—y los condes de Altamira, de Oñate, de Chinchon, de Puñonrostro, de San Roman, de Miranda, de Fuentes, de Bornos, de Montijo, de Campo Alanje, de Toreno, de Corres, de Mora, de Parsent, de Torrejon y de Ofalia. —Esto sólo de los Grandes de primera clase; que si tendemos la vista por los altos personajes religiosos, políticos y militares de aquella época tan cercana, hallarémos haber desaparecido ya de entre los vivientes todos ó casi todos los arzobispos y obispos que asistieron en 1833 á la jura de la Princesa de Astúrias;—los Ministros de los diez años, Calomarde, Zambrano, Alcudia, Salazar y Pinofiel;—los célebres generales Amarillas, Eguía, España, Cartagena, Venadito, Saarfiel, Quesada, Casasarria, Valdés, Llauder, O'Donell, Canterac, Mina, Vives, Eroles, Alós, etc.; — el presidente de Castilla, Puig de Samper; el comisario de Cruzada, Varela, y otros infinitos personajes que figuraron en primera línea en la historia contemporánea, aunque de éstos no hay que extrañar su muerte, por haber sólo llegado á tan altos puestos en una edad avanzada.

Otra generacion, otros principios, otras ideas les han sucedido; y si ahora levantáran de nuevo la cabeza, creeríanse extraños en una sociedad tan diversa, aunque cercana, y apénas en el mismo Senado (panteon de las celebridades políticas) hallarian con quién departir sobre los sucesos y los hombres de su época..... *Sic transit gloria mundi!*

DICIEMBRE.

EL TURRON.

De mes de las aperturas calificábamos en nuestra Revista anterior al pasado Noviembre, en atencion á las muchas é importantes que en él tuvieron lugar: por la razon contraria pudiéramos muy bien apellidar al que acaba de trascurrir mes clásico de las cerraduras y finiquitos.

Con efecto, y en prueba de nuestra asercion, bastará recordar que en él se ha cerrado la Representacion nacional, concluyendo con un tercer acto, ó más bien ligero epílogo, su trabajoso drama de 1851.—Cerráronse ademas las velaciones matrimoniales con la primer semana de Adviento, dando lugar á los novios á saborear *la luna de miel* sin la misteriosa y emblemática imposicion de la coyunda matrimonial.—Cerráronse despues los tribunales, las cátedras y estudios públicos y privados, los talleres, la Bolsa, y hasta las puertas de la eternidad para una buena parte del vecindario, que á impulsos del rigoroso cierzo se dejó conducir á pasar las Pascuas al otro barrio: —verificados todos los cuales cierres, el viejo despiadado de las alas y la segur sacó las llaves del año de gracia 1851, y encargó á San Silvestre que le cerrase á las doce en punto de la noche; con lo cual, al abrir de nuevo

nuestros cerrados ojos, nos encontramos de súbito en pleno 1852.

Pero en cambio de tantas cerraduras, que hacen aparecer al mes de Diciembre cargado de pestillos y candados, todavía se han abierto en él á las fundadas esperanzas de la patria los gratos horizontes de un risueño porvenir. Y dicho se está que semejante apertura es para consolar con creces de los cerramientos de cabo de año.

El natalicio de la augusta Princesa heredera del trono español ha sido, pues, el verdadero acontecimiento que realza para el país el mes de Diciembre de 1851: y combinada su halagüeña sensacion con el regocijo y festiva solemnidad con que la Iglesia celebra en estos dias la conmemoracion de otra Natividad más alta, ha acabado por borrar en todos los ánimos la siniestra memoria de anteriores desmanes, é imprimir á la última década del mes esa fisonomía propia, cordial, alegre y bulliciosa que la distinguen en todos los pueblos de la cristiandad.

Ademas del carácter religioso, sublime y de evangélica alegría que lleva consigo el recuerdo de tan augusto misterio, reune, como es sabido, para nosotros, otras circunstancias profanas, que contribuyen poderosamente á hacer de la Pascua de Navidad una verdadera fiesta popular.—En ella recordamos y celebramos, no solamente la terminacion del año, sino tambien la entrada del nuevo; los *strenuæ* que los antiguos romanos consagraban á Strinuo, diosa de la fuerza, con ramos simbólicos y mutuos obsequios el primer dia del año, y los *étrennes* con que los pueblos modernos festejan igual dia, se han resumido entre nosotros en el no ménos antiguo *aguinaldo* ó *aguilando*, que, segun el filólogo Covarrubias, trae su orígen de la voz griega *guininaldo* (que vale tanto como regalar el dia del natalicio), ó cuando ménos, de la arábiga *guineldum*, que expresa simplemente el acto

de regalar;—pero sea de esto lo que quiera, lo cierto es que ambas costumbres, los *estrenos* y el *aguinaldo*, son entre nosotros una misma cosa, y para probarlo (si ya en el hecho no estuviese probado) bastaria recordar el dicho de un célebre autor, que hace ya dos siglos escribia: «*y por ser á cuatro dias de mi llegada dia de Año Nuevo, cobré mi aguinaldo de los señores de aquella córte.*»

De todos modos, y sea cualquiera su orígen, terrible cosa es la tal costumbre para aquel desdichado que está sometido á la dura é inexorable del *paganismo*.—Y ¿quién no es *pagano* en esta tierra clásica de la cristiandad?—La publicacion oficial hecha en estos mismos dias por la *Gaceta* del presupuesto de mil y doscientos millones y pico (1) nos sirve de *memento* para consolarnos con la idea de que la mayoría de los españoles nos acompaña en esta triste calamidad.—Ademas, y para complemento de aquélla, sufrimos en estos dias otros impuestos ó contribuciones indirectas (aunque tampoco votadas en Córtes), cuales son los que á pretexto de Pascuas de Navidad hay que dedicar al médico, al abogado, al notario, al agente, á los dependientes y criados, al barbero, al sereno del barrio, al cartero, al repartidor de los diarios, á la lavandera, y á todo bicho viviente de la sustancia ajena.

Esto es lo que en el lenguaje alegórico se denomina *aguinaldo*, ya sea ó se presente bajo forma de pavos ó capones, ya bajo la de vajillas de plata ó barriles de malvasía; ora se disfrace en el elegante vestido de terciopelo ó de *chiné*, ora tome la simbólica figura de billete de palco del teatro Real; ya, en fin, se trasforme en prolongados cartuchos de centenes isabelinos, ora se convierta en peseta reformada, ó tosca moneda de diez céntimos de fábrica segoviana.—Pero hay sobre todo una materia

(1) Hoy casi triplicado.

que por la casi generalidad de su aplicacion para este caso representa emblemática y perfectamente este agasajo general; esta materia (ya lo habrán conocido nuestros lectores) es el *turron;* comprendiendo bajo este título las dulces elaboraciones de Toledo y Zaragoza, de Jijona y Alicante, de Valencia, Vitoria, Barcelona y Madrid.—En ella, pues, vienen á convertirse gran parte de los mutuos obsequios de la época; para ella disfrutan, como es justo, los funcionarios públicos un reparto oficial, una paga las viudas y cesantes, una gratificacion los servidores subalternos, para que todos acudan á sacrificarla en aras de la deidad.

Este ídolo dominante del mes tiene tambien su significacion en todo el año, y en el lenguaje moderno sirve de emblema á las gracias y favores cortesanos, á los empleos y honores, á la participacion, en fin, del presupuesto nacional.—Y si, como ha sucedido en el mes que nos toca historiar, un acontecimiento plausible viene á reforzar la devocion al *turronismo,* viene á despertar las esperanzas de los adeptos (*quorum infinitus est numerus*); viene, en fin, á destapar el cuerno de Amaltea en las mil abiertas bocas que reclaman sueldos y emolumentos, bandas y cruces, fajas y capisayos, puede inferirse la algarabía y el bisbiseo que se habrá armado en el tal mes, esperando diariamente que hable la *Gaceta* para saber á punto fijo quién ha merecido aquellos dones en gracia del Real alumbramiento, quién ha logrado ingresar ó ascender en el sacerdocio del dios *Turron.*—Entre tanto, los que nada esperamos de la fiesta andamos muy entretenidos calculando cuánto nos habrá de costar la música; *duda* de que en verdad saldrémos muy luégo con la publicacion de la *Guía de forasteros* (los forasteros somos los no comprendidos en ella).

Pero dejando á un lado esta materia, que forma la ín-

dole especial y dulcísima del mes, y continuando nuestra plácida revista matritense, quisiéramos encontrar otros materiales ú objetos con que hacerla interesante; mas por mucho que fatigamos nuestra memoria, no hallamos cosa que de contar sea, suponiendo que no entran en nuestra jurisdiccion ni los teatros ni diversiones públicas, que han desplegado en la última quincena todos sus recursos para cobrar el aguinaldo de la poblacion entera; ni las reuniones y sociedades privadas que en tal época son de cajon; ni las intrigas y peripecias caseras á que ellas dan lugar; ni las bodas en proyecto; ni los corazones en infusion; ni las pragmáticas de las modas invernales de 1852, ni los comentarios políticos de 1851.—Tampoco queremos por hoy ocuparnos en las vicisitudes de la atmósfera, que, como es uso y costumbre en tales dias, se ha mecido agradablemente entre los 1 y 5 por bajo de Reaumur, amenizado el todo con las ventiscas de Somosierra, y blanqueando nuestra heroica villa con las nieves del Guadarrama, con gran contentamiento de los cocheros de plaza, de los aficionados al besugo, de los músicos festeros, de los médicos, sacristanes y enterradores.

Pero como, en fin, nuestro deseo consiste en hallar algo de que hablar, y ya está visto que no nos lo brinda el mes, habrémos de retrotraer nuestra crónica matritense del último del año á todos los anteriores, para ver si topamos por acaso materia digna de alabanza en punto á mejora material de nuestra villa.—Por desgracia, la Administracion se ha dado tanta prisa á no hacer nada en todo el año, que áun ampliada á todo él tendrá que ser negativa nuestra reseña; quiere decir, que en lugar de consignar lo que se ha hecho, tendrémos que limitarnos á indicar simplemente lo que se ha dejado de hacer.

Cabalmente al final de los años anteriores, y cuando la poblacion de Madrid estaba acostumbrada á ver empren-